

## PRECIPITARSE HACIA BELÉN

Han pasado ya nueve meses desde el estallido de la segunda Intifada contra la ocupación militar oficial más larga de la historia moderna –que en estos momentos cumple treinta y cinco años–. Evidentemente, el conflicto sobre Palestina se remonta a mucho antes. Los primeros enfrentamientos entre árabes y judíos datan de la década de 1920. Desde 1948, Israel ha librado cinco guerras y los efectos colaterales en Estados colindantes han desencadenado dos guerras civiles. Sin embargo, hoy en día, con independencia de las contiendas en Oriente Próximo, apenas hay diferencias en Occidente sobre esta cuestión. En esta región del mundo, cabe decir sin miedo a equivocarse, no hay ningún gran tema internacional en torno al que haya tal consenso y tanta mojigatería como en lo que respecta al asunto de Palestina, donde se supone que se ha estado desplegando a lo largo de una década un «proceso de paz» aplaudido unánimemente por la opinión respetable y cuyo progreso sólo puede verse puesto en peligro por el recurso a la violencia. En provecho de todas las partes, reza el buen juicio oficial, hay que atajar de inmediato el alzamiento en Gaza y Cisjordania. Abrirse paso a través del macizo de ofuscación que rodea las relaciones entre israelíes y palestinos, del cual esta noción constituye un producto final, es una tarea que escapa a cualquier análisis breve que pueda hacerse desde aquí. Pero cabe consignar unas cuantas consideraciones básicas.

## 1

El conflicto entre judíos y árabes en Palestina es una pugna entre dos nacionalismos, algo de lo que ha estado lleno el último siglo. Su peculiaridad reside en la asimetría entre los adversarios que lo protagonizan. La conciencia nacional palestina cristalizó tarde, a partir de una identidad árabe más amplia, después del desastre que sobrevino a esta comunidad cuando cayó abatida en 1948 a manos de las fuerzas judías: la *Nakba*. Por el contrario, el nacionalismo judío que hizo nacer a su homólogo palestino había adquirido forma organizativa hacia finales del siglo XIX. El movimiento sionista fundado por Herzl constituía una variedad del nacionalismo étnico de la Europa central y oriental decimonónica, donde encontró al grueso de sus adeptos, tratándose de un ejemplo típico del

despertar de los pueblos divididos u oprimidos de la región, en el período anterior y posterior a la Primera Guerra Mundial. Dos rasgos, sin embargo, distinguían la posición de los judíos. Por un lado, no ocupaban ningún territorio común (ni hablaban ninguna lengua común), sino que estaban diseminados en bolsas por todo el continente. Por otro, disponían de una tradición religiosa de gran antigüedad que les proporcionaba una base alternativa –mediata o inmediata– de identidad, ligada a una patria sagrada fuera de Europa. Convirtiendo el establecimiento de un Estado judío en la tierra de Israel en su objetivo, el sionismo pudo explotar reservas movilizadoras de energía teológica y cultural de sobra capaces de compensar su carencia de una base territorial o lingüística convencional.

No obstante, los obstáculos para la creación de un Estado-nación a miles de kilómetros de distancia de la ubicación de sus integrantes, en un terreno habitado desde hace tiempo por otros, bajo el dominio de un Estado enorme que representaba a otro credo religioso, hubieran resultado insuperables de no haber sido por un factor adicional, que haría del sionismo algo más que otro mero movimiento nacionalista de la época. Sociológicamente, los judíos de Europa presentaban una acusada polarización. En Europa del Este –sobre todo, en Polonia y en Rusia–, la mayoría de ellos eran población pobre y oprimida y estaban expuestos a la humillación y al peligro que entrañaba todo prejuicio hostil proveniente del antisemitismo cristiano: se hallaban en una posición peor que la de la más oprimida de todas las demás nacionalidades de la zona. Por otro lado, en Europa occidental, no sólo contaban entre sus filas con muchos miembros de la alta clase media –*Besitz* y *Bildungsbürgertum* [burguesía propietaria e ilustrada]–, sino también con algunas de las mayores fortunas del continente. En una punta de Europa estaba el *shtetl* [aldea judía] de Chagall o de Martov; en la otra, la *haute finance* [altas finanzas] de los Rothschilds y de los Warburgs o la carrera de Disraeli. La sombra del antisemitismo se proyectaba sobre todos los judíos, con independencia de qué cimas de riqueza o de poder pudieran llegar a alcanzar, conectando las categorías de vida superiores con las inferiores, tal y como hizo patente el asunto Dreyfus –el episodio detonante del sionismo–. Pero durante la *belle époque*, el grupo mejor situado de los judíos europeos disfrutó, no obstante, de una *entrée* a los círculos dominantes de la Europa imperialista inimaginable para cualquier otra nacionalidad oprimida de la época. Sin esta doble determinación paradójica, desde arriba y desde abajo, el sionismo nunca hubiera podido llevar a cabo sus objetivos.

La Primera Guerra Mundial dio al movimiento el empuje definitivo con la Declaración de Balfour de 1917, que anunció un apoyo británico para la creación de una patria judía en Palestina que llegaba inmediatamente a la zaga de anteriores promesas francesas. La decisión de Londres de respaldar el sionismo constituía un producto inequívoco del cálculo interim-

perialista. Su objetivo inmediato era movilizar la opinión judía en Rusia y en Estados Unidos en apoyo del esfuerzo bélico aliado en un momento difícil –después de la Revolución de Febrero y antes de la entrada estadounidense en el conflicto–, al mismo tiempo que marcaba la zona contra los planes franceses sobre Palestina. Detrás de ella, no obstante, había también una vieja disposición ideológica dentro de la cultura protestante, con su profundo apego al Pentateuco, que apoyaba el regreso de los judíos a la Tierra Prometida<sup>1</sup>. Este elemento de sionismo cristiano, que ostentaba un distinguido pedigrí cuyas raíces se remontaban al siglo xvii, supuso un trasfondo fundamental para el escudo tendido por la elite imperial británica en pro de la propagación de los asentamientos judíos en Palestina, una vez que Gran Bretaña se hubo asegurado en Versalles su control de la región. En 1918, había unos 700.000 árabes y unos 60.000 judíos en Palestina. Veinte años después, había 1.070.000 árabes y 460.000 judíos.

El sionismo adquirió así su peculiar naturaleza dual. Un movimiento de nacionalismo étnico europeo se convirtió, inseparablemente, en una forma de colonialismo europeo en ultramar. La colonia pionera creada por el sionismo en la Palestina de preguerra era *sui generis*. A diferencia de los colonos ingleses en Norteamérica o Australia, el *yishuv*<sup>2</sup> no se enfrentaba a cazadores-recolectores dispersos, sino a una densa población campesina a la que no se podía ni apartar a empujones ni borrar del mapa. A diferencia de los colonos franceses en Argelia o de los antiguos colonos holandeses en Sudáfrica, no podía permitirse explotar la mano de obra nativa a gran escala sin correr el riesgo de crear una sociedad de *ped-noir* en la que pasaría a constituir una minoría. La tarea de construir un Estado-nación étnicamente homogéneo en un medio hostil sólo se podía llevar a cabo creando una comunidad separatista cohesionada por creencias ideológicas y libre de toda fisura de clase. Esto eran los *kibbutzim*: de inspiración subjetivamente socialista, en la práctica la única solución disponible al problema de la colonización sin mano de obra nativa, tierras desocupadas o importantes cotas de capital-riesgo<sup>3</sup>. El

---

<sup>1</sup> Entre los que defendían o auguraban la recuperación de la tierra de Israel por parte de los judíos se encontraban Milton, Locke, Newton, Priestley, Fichte y Browning, así como el caso mejor conocido de George Eliot. Entre los políticos, cabría citar a Shaftesbury, Palmerston, Milner y Lloyd George. Dentro de la tradición ilustrada, encontramos la llamada de Napoleón a los judíos para que reconquistaran su patrimonio, hecha durante la campaña siria de 1799. Véase el cuidadoso estudio de Regina SHARIF sobre este descuidado tema: *Non-Jewish Zionism*, Londres, 1983, *passim*. Entre las elites políticas y burocráticas, el sionismo cristiano resultaba a menudo bastante compatible con el antisemitismo, puesto que preveía la partida de los judíos locales hacia la Tierra Prometida: a este respecto, véase Tom SEGEV, *One Palestine, Complete: Jews and Arabs under the British Mandate*, Nueva York, 1999, pp. 33-36 *et seq.*

<sup>2</sup> Comunidad judía en Palestina antes de la constitución del Estado de Israel. [N. de la T.]

<sup>3</sup> Ésta es la conclusión de la obra fundamental de Gershom SHAFIR, *Land, Labor and the Origins of the Israeli-Palestinian Conflict, 1882-1914*, que rastrea el surgimiento gradual de la lógica del «empleo judío exclusivo» en el período anterior a la Primera Guerra Mundial. En lo que respecta a su análisis de los años subsiguientes, véase «Zionism and Colonialism –a Comparative Approach», en Ilan Pappé, ed., *The Israel/Palestine Question*, Londres, 1999, pp. 81-96.

*apartheid* era una mistificación en Sudáfrica, donde nunca se dio ningún «desarrollo separado» de las razas y el término no representaba más que un eufemismo para las formas más extremas de explotación de la población negra a manos de la población blanca; algo semejante al *apartheid*, sin embargo, constituyó el objetivo provisional del sionismo de entreguerras.

El enclave judío en Palestina era singular también en otro sentido. Desde el principio fue una sociedad de colonos sin país natal: una colonia que nunca provino de una metrópoli. En cambio, tenía tras de sí un imperalismo que le delegaba sus poderes. El poder colonial británico constituía la condición inexcusable de la colonización judía. Sin la sólida fuerza de la policía y del ejército británicos, la mayoría árabe —el 90 por 100 de la población— hubiera parado en seco el avance sionista después de la Primera Guerra Mundial. El sionismo dependía por completo para su crecimiento de la violencia del Estado imperial británico. Cuando la población árabe comprendió al fin el alcance de la penetración judía, se alzó en una enérgica revuelta que se prolongó desde abril de 1936 hasta mayo de 1939 —históricamente, la primera *Intifada* y la más larga—. Londres desplegó 25.000 soldados y escuadrones de las fuerzas aéreas para aplastar la sublevación: fue la mayor guerra colonial del Imperio británico en todo el período de entreguerras. La campaña contrainsurgente estuvo instigada y apoyada por el *yishuv*, y los judíos proporcionaron la mayoría de los escuadrones de la muerte de Wingate. Para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo británico había dejado fuera de combate a la sociedad política palestina, despejando el camino para el triunfo del sionismo tras la guerra.

## 3

Aunque al abrigo del Imperio británico, los colonos judíos nunca estuvieron plenamente en sintonía con él. Las fricciones entre los colonos de ultramar y su base metropolitana constituyen una constante de la historia colonial, desde la *Boston Tea Party* y el *cabildo* de Buenos Aires hasta Ian Smith y la Organización de Estados Americanos<sup>4</sup>. A diferencia de lo que sucedía en todos los demás casos, la relación del *yishuv* con Whitehall<sup>5</sup> estaba desprovista de lazos sentimentales de parentesco o de cultura. Con independencia de la anglofilia de algunos agentes de negocios en Londres como Weizmann, para los adustos dirigentes de la propia comunidad de colonos, el pacto entre el colonialismo británico y el nacionalismo judío

---

<sup>4</sup> Maxime RODINSON señaló esto tiempo atrás: *Israel: A Colonial-Settler State?*, Nueva York, 1973, pp. 64-65.

<sup>5</sup> Calle de Londres en la que se ubican un gran número de ministerios de la Administración británica y que se utiliza frecuentemente en sentido figurado para referirse al gobierno del Reino Unido. [N. de la T.]

era puramente instrumental<sup>6</sup>. Las tensiones crecieron tan pronto como Londres, en su pretensión de refrenar el descontento árabe, intentó reducir gradualmente la inmigración judía en plena intensificación de la persecución nazi en Alemania. Con todo, la Segunda Guerra Mundial brindó una oportunidad al ala armada del sionismo laborista mayoritario de adquirir bajo mando británico experiencia y equipamiento militar y de asegurar el apoyo de Churchill para un Estado judío independiente en Palestina, una vez que hubieran cesado las hostilidades<sup>7</sup>. Sin embargo, el ala *Irgun*<sup>8</sup> del sionismo, más radical y mucho más pequeña, comandada por Begin, no esperó a la paz, lanzando una insurrección contra Gran Bretaña en 1944, para furia de Ben Gurion, cuyas fuerzas armadas colaboraron con los británicos para dar caza a sus miembros. Los continuos controles de inmigración después de 1945, cuando toda la enormidad del destino de los judíos europeos bajo los nazis era conocida, obligaron a la *Haganah*<sup>9</sup> a adherirse a la estrategia de la *Irgun*. Durante un año, Gran Bretaña tuvo que enfrentarse a una sublevación colona en toda regla; y pese a que el sionismo laborista, acobardado por las enérgicas contramedidas británicas, llamó al cese de la contienda en agosto de 1946, la *Irgun* y los LHI<sup>10</sup> no se dieron nunca por vencidos. Para la primavera de 1947, Gran Bretaña había traspasado su Mandato a las Naciones Unidas.

<sup>6</sup> Para algunos agudos comentarios sobre el grado de comprensión por parte de Weizmann de los ingleses, véase David VITAL, *Zionism: the Crucial Phase*, Oxford, 1987, p. 163. Jabotinsky, tal y como observa este autor, era menos sentimental y más perspicaz: p. 365.

<sup>7</sup> El viejo sionismo de Churchill se basaba en creencias raciales, no religiosas. En 1937, expresó de forma inequívoca sus opiniones acordes con el darwinismo social a la Comisión Peel, comparando a los árabes palestinos con el emblema proverbial del egoísmo envidioso en el mundo animal: «no comparto la idea de que el perro de un pesebre tenga el derecho último sobre ese pesebre, aunque pueda haber estado echado allí durante mucho tiempo. No acepto ese derecho. No acepto, por ejemplo, que se haya cometido una gran injusticia con los pieles rojas de América, o con la población negra de Australia. No acepto que se haya cometido una injusticia con esta gente por el hecho de que una raza más fuerte, una raza de categoría superior, una raza con más mundo, por así decirlo, haya llegado y haya ocupado su lugar». Véase Martin GILBERT, *Winston S. Churchill*, comp. vol. 5, 3ª parte, Boston, 1983, p. 616.

<sup>8</sup> Organización militar sionista de derechas, nacida en 1931 de la creciente insatisfacción entre las filas del sionismo radical con la actuación militar de la *Haganah* [véase nota 9]. Su nombre completo es *Irgun Zui Leumi*, que en hebreo significa «Organización Nacional Militar». Durante el período en el que estuvo activa (1937-1948), llevó a cabo ataques terroristas contra la población árabe (y en ocasiones también contra el Mandato británico) dentro de una campaña en pro de la constitución de un Estado judío en la tierra de Israel; fue disuelta en 1948 tras la creación del Estado de Israel. [N. de la T.]

<sup>9</sup> *Tza Haganah Le Israel* organización militar «popular» creada en 1920 por los mismos fundadores de la *Histadrut* [véase nota 26] como una fuerza armada nacional subordinada a un liderazgo político electo y autorizada a emplear su potencial militar en defensa de los intereses del pueblo judío. Aunque tanto para británicos como para árabes constituía una entidad ilegal, un grupo armado clandestino, el *yishuv* la consideraba un ejército popular de pleno derecho y, en efecto, pronto se revelaría como antecesora de las Fuerzas de Defensa de Israel. [N. de la T.]

<sup>10</sup> Lohamei Hirut Israel, que en hebreo significa «combatientes por la libertad de Israel». Grupo armado fundado por Yitzhak Shamir y Elyahu Giladi en 1942, sucesor directo del grupo Stern (facción extremista radical de la *Irgun* capitaneada por Abraham Stern) y especializado en el asesinato de personalidades clave como forma de presión en pro de la creación de un Estado judío. [N. de la T.]

Entonces, como ahora, por Naciones Unidas se entendía Estados Unidos. En 1947, el control estadounidense de la organización en Nueva York, menos integral que hoy en día, era, con todo, absolutamente suficiente para determinar el resultado de sus deliberaciones sobre Palestina. En Washington, Truman era un sionista cristiano convencido. Una comisión de investigación, encabezada por un juez sueco con Ralph Bunche a su lado e intervenida por micrófonos ocultos sionistas, comunicó que había que dividir Palestina. Los judíos, con el 35 por 100 de la población, recibirían el 55 por 100 de la tierra; los árabes, con el 65 por 100 de la población, el 45 por 100 de la tierra. Dentro del Estado judío propuesto, habría prácticamente tantos árabes como judíos; dentro del Estado árabe, no habría casi ningún judío; estos porcentajes se justificaban aduciendo que cabía esperar que la futura inmigración judía a Israel creara en años venideros una mayoría decisiva en el territorio que se les adjudicaba. Sin duda impresionada por la campaña antiimperialista de la *Irgun*, la URSS —que por sí sola hubiera podido bloquear estos planes— los ratificó: he aquí el servicio fundamental que los inquebrantables ataques de Begin contra Gran Bretaña prestaron al sionismo. La resistencia al proyecto, muy extendida entre las naciones más pequeñas de las Naciones Unidas, se vio arrollada por los sobornos y el chantaje estadounidenses, dirigidos a garantizar el necesario voto de dos tercios de la Asamblea General<sup>11</sup>. Truman, artífice del resultado, se tildó a sí mismo, con pleno derecho, de *Cirolino*.

Las noticias sobre la resolución de las Naciones Unidas provocaron un alzamiento palestino espontáneo, aplastado en seis meses por el *yishuv*, mientras las fuerzas armadas británicas mantenían cercada la zona, garantizando que ningún ejército árabe pudiera intervenir. A su partida, se declaró el Estado de Israel y se lanzó un ataque postrero contra los ejércitos árabes. Superados en número y en artillería por las Fuerzas de Defensa de Israel, fueron derrotados por completo hacia principios de 1949, con una excepción, que constituyó la condición del triunfo judío. El verdade-

---

<sup>11</sup> Entre otros bonitos detalles, Liberia —en origen, otro Estado de colonos creado a iniciativa estadounidense— fue informada de que se la sometería a un embargo de caucho si se atrevía a votar contra el plan de las Naciones Unidas. Los jueces del Tribunal Supremo Murphy y Frankfurter —nada menos— metieron en cintura a las Filipinas. Bernard Baruch cambió de posición ante la amenaza de que Francia se vería privada de toda la ayuda estadounidense si votaba en contra de la partición. El embajador cubano informó de que un país latinoamericano —posiblemente la propia Cuba, convertida por Truman en blanco de presiones prioritarias unos días antes («Cuba no jugará todavía») — había recibido 75.000 dólares a cambio de su voto. Véase Michael COHEN, *Palestine and the Great Powers, 1945-1948*, Princeton, 1982, pp. 294-299. Cohen observa que los sentimientos de condolencia suscitados por el judeicidio no eran suficientes para la aprobación de la resolución de las Naciones Unidas: «Sería gracias a factores más mundanos que se obtendrían a última hora los votos adicionales que hacían falta».

ro plan de partición había precedido al plan simulado. Doce días antes de la resolución de las Naciones Unidas, la dirección sionista había ofrecido un pacto secreto a la monarquía hachemí de Jordania, entregándole Cisjordania a cambio de disfrutar de carta blanca en el resto de la región, dado que ambas partes estaban decididas a adelantarse a cualquier posibilidad de un Estado palestino<sup>12</sup>. Jordania era un Estado cliente de Gran Bretaña, país que había dado su consentimiento al plan. Cuando estalló la guerra, el rey Abdullah se apoderó en el momento justo de su botín y dejó que sus aliados se las apañaran solos. Israel salió de la guerra con un territorio en sus manos mucho más vasto del que le concedían las Naciones Unidas, mientras que Jordania se anexionaba Cisjordania.

## 5

En el transcurso de las dos oleadas bélicas entre noviembre de 1947 y marzo de 1949, pero sobre todo durante la primera, los ataques judíos expulsaron de Palestina a más de la mitad de la población árabe: cerca de 700.000 personas. Desde la mitad de la década de 1930 en adelante, el sionismo, tácitamente, había dado por sentada la evacuación de árabes del territorio que había elegido a través de la expulsión forzosa, puesto que la presencia de éstos resultaba incompatible con el Estado nacional homogéneo al que aspiraba, y para entonces estaba claro que no había ninguna posibilidad de comprar su claudicación. Extraoficialmente, sus dirigentes no se andaban con reparos en lo que a esta lógica se refiere<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> Véase el relato de Avi SHLAIM en *Collusion Across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Nueva York, 1988, pp. 110-116. Abdullah cobró por su connivencia en efectivo, después de haber señalado a un emisario de la Agencia Judía que «quien quiere emborracharse no debería contar los vasos», refiriéndose –tal y como lo expresa Shlaim– a que «aquel que quiere un Estado tiene que hacer las inversiones necesarias», *op. cit.*, pp. 78-82.

<sup>13</sup> Las intenciones privadas y las declaraciones públicas desde el principio no concordaban. Ya en 1895, Herzl anotaba en su diario: «Intentaremos hacer que la población pobre se desvanezca al otro lado de la frontera, procurándole empleo en los países de tránsito y negándole simultáneamente cualquier tipo de empleo en nuestro país... Tanto el proceso de expropiación como el de erradicación de los pobres deben ser llevados a cabo discreta y circunspectamente». En 1938, Ben Gurion declaró al Ejecutivo de la Agencia Judía que no veía nada malo en la idea de «traslado obligatorio» de la población árabe, dando la siguiente explicación: «estoy a favor de la partición del país porque cuando, después de la fundación del Estado, nos convirtamos en una poderosa potencia, aboliremos la partición y nos extenderemos por toda Palestina». Para 1944, este hombre de Estado estaba previniendo a sus colegas de que sería impolítico hablar del «traslado» públicamente, «porque [nos] perjudicaría de cara a la opinión pública mundial», dando «la impresión de que no hay sitio en Palestina sin expulsar a los árabes» y empujando, así, a «los árabes a alzarse» en rebelión. Ante lo cual, Eliahu Dobkin, un colega *Mapai*, agregó tajantemente: «Habrán en el país una gran minoría [árabe] y habrá que expulsarla. No hay lugar para las inhibiciones internas por nuestra parte [en esta cuestión]: véase Benny MORRIS, «Revisiting the Palestinian exodus of 1948», en Rogan y Shlaim, eds., *The War for Palestine, Rewriting the History of 1948*, Cambridge, 2001, pp. 41-47. [El *Mapai* era el principal partido del *yishuv*, fundado en 1930 por

Cuando se presentó la ocasión, la aprovecharon. Las huidas árabes locales los ayudaron, pero el miedo que las impulsaba iba en función de las matanzas y de las expulsiones de la guerra librada por los altos mandos sionistas, en la que la masacre, el pillaje y la intimidación eran instrumentos de una política dirigida a propagar el terror entre la población escogida como blanco. La guerra de independencia judía desencadenó una impresionante operación de limpieza étnica, sobre la que ha descansado Israel en tanto que Estado desde entonces. Las expulsiones se llevaron a cabo en las típicas condiciones de *Nacht und Nebel* –al amparo de la oscuridad militar– en las que se cometieron prácticamente todos los crímenes de estas características en el siglo xx. Los vencedores idearon una peculiar serie de eufemismos, deconstruidos por Gabriel Piterberg más adelante en estas páginas, para ocultar el destino de los palestinos. La evacuación no fue exclusivamente de personas. Se expropiaron tierras y propiedades a una velocidad y a una escala nunca antes alcanzadas por ningún colono en la historia colonial. A principios de 1947, los judíos poseían el 7 por 100 de la tierra de Palestina. Hacia finales de 1950, se habían apropiado del 92 por 100 de la tierra dentro del nuevo Estado –incluidos en este botín casas y edificios de todo tipo<sup>14</sup>–. Apenas quedó un pequeño núcleo irreductible de 160.000 árabes, como refugiados internos dentro de Israel.

En las escalas del terror, la *Nakba* no puede ni compararse a la *Sboab*. El exterminio nazi de los judíos en Europa fue una enormidad de diferente orden y la desproporción entre ambos procesos se ha utilizado tradicionalmente para justificar, o atenuar la gravedad, de la expulsión de los palestinos que está en la base de Israel. Hasta el día de hoy, es el manto del judeicidio el que cubre las acciones del Estado sionista, no sólo a los ojos de la población israelí o de los judíos de la diáspora, sino de la opinión occidental en general. Históricamente, sin embargo, apenas existió, o no existió en absoluto, conexión entre ambas atrocidades. En 1947, los combatientes de la *Haganah* y de la *Irgun* estaban plenamente enterados de lo que les había sucedido a los judíos atrapados en la Europa nazi. Pero no hubieran actuado de otra manera aunque todos sus compatriotas se hubieran salvado. Los objetivos sionistas habían quedado establecidos mucho antes de que Hitler llegara al poder y no se vieron alterados por su causa. Ben Gurion declaró una vez que estaría dispuesto a sacrificar la vida de la mitad de los niños judíos de Alemania, si ése era el precio para traer a la otra mitad a Palestina, antes que dejarles a todos a salvo en Inglaterra<sup>15</sup>. De mucha menor importancia era el destino de los árabes,

---

David Ben Gurion para dar forma política y organizativa a la facción socialista dominante del movimiento sionista; constituye pues un antepasado directo del Partido Laborista. (N. de la T.)]

<sup>14</sup> Baruch KIMMERLING, *Zionism and Territory: The Socio-Territorial Dimension of Zionist Politics*, Berkeley, 1983, p. 143.

<sup>15</sup> Véase Benny MORRIS, *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1999*, Londres, 1999, p. 62. Ben Gurion hizo este comentario en 1938, un mes después de la *Kristallnacht*.



niños o adultos. El objetivo de un Estado nacional judío en Oriente Próximo no admitía más solución que la que la *Nakba* puso en marcha a la fuerza. A toro pasado, el judeicidio ha servido de pretexto o atenuante, pero en realidad no tuvo ninguna relación inmediata con el resultado. En Europa y en Estados Unidos, captó simpatías exteriores para la guerra sionista de independencia, pero esto nunca constituyó un factor decisivo de su triunfo.

Todos los nacionalismos étnicos –y todos los nacionalismos son étnicos en alguna medida– contienen semillas de una violencia potencial contra otras nacionalidades. No son rasgos culturales diferenciadores sino situaciones históricas las que determinan que estas semillas den su fruto. El nacionalismo judío nació de una combinación de desesperación desterritorializada y de privilegio socio-político. Al igual que la mayoría de los movimientos nacionales, movilizó elevados ideales y una valentía devota entre sus adeptos. Pero sólo podía alcanzar objetivos que otros, situados en posiciones más afortunadas, tuvieron al alcance de forma relativamente fácil o pacífica a través de la connivencia colonial y de la expoliación violenta. Para esta empresa, el sionismo requería cuadros de temperamento implacable y, en efecto, los produjo. En la galería de los nacionalismos modernos, su expediente se encuentra en uno de los extremos de un espectro de crueldad atestado por muchos otros. No hay motivo para exaltar su éxito, que dependió en gran medida del poder imperial, ni para embellecer su conducta, cuyas consecuencias han seguido enconándose hasta el día de hoy. Pero no resultaron excepcionales en la persecución de su objetivo. No fueron más que vulgares limpiadores.

## 6

El Estado que surgió de la victoria sionista era menos vulgar. Jurídicamente, Israel se convirtió en una república basada en la sangre y en la fe, en la que se combinaban criterios confesionales y biológicos para definir a los ciudadanos de pleno derecho, efectivos o potenciales, como aquellos individuos, o bien nacidos de una madre judía, o bien de certificada creencia mosaica, con independencia de su localización geográfica. La Ley de Retorno garantizaba la residencia en Israel a todo el que se ajustara a estos requisitos teológico-étnicos, al mismo tiempo que impedía cualquier retorno de los refugiados palestinos a sus hogares. En los siguientes cincuenta años, se dio entrada en Israel a más de cinco millones más de inmigrantes judíos, mientras se reducía a los árabes a un permanente *status* inferior, negándoseles el derecho a comprar tierras o propiedades judías, a ingresar en las fuerzas armadas o a organizarse sin restricciones políticas. El Estado sionista, entretanto, tenía más del 90 por 100 de la tierra bajo su custodia directa o indirecta y el brazo sindical del partido laborista gobernante controlaba un complejo de empresas –bancos, fábricas, servicios– que empleaban a cerca de un cuarto de la mano de obra. El gasto militar era, en consecuencia, el más elevado del

mundo, representando durante mucho tiempo aproximadamente un 25-40 por 100 del PNB y conduciendo rápidamente a la acumulación de un arsenal nuclear.

La sextuplicación de la población judía de Israel y la creación de una nueva comunidad lingüística a partir de tantas llegadas dispares constituyó, a todas luces, una notable proeza de ingeniería social. En represalia por la derrota de 1948-1949, sucesivos Estados árabes persiguieron o expulsaron a sus comunidades judías, a las que Israel brindó una protección y una bienvenida generosas, que contrastan agudamente con el destino de los refugiados palestinos en tierras árabes. Con el derrumbe de la URSS, se acogió con éxito a otra importante oleada de inmigrantes. Todos estos constituyeron logros de primer orden. Económicamente, sin embargo, esta estructura nunca resultó viable por sí sola. Lo único que la hizo posible fueron las cuantiosas subvenciones que llegaban del extranjero. Durante treinta años después de la independencia, los impuestos nacionales nunca llegaron ni con mucho a cubrir el gasto oficial<sup>16</sup>. La Agencia Judía inyectaba dinero de la diáspora a mansalva y Alemania Occidental suministraba indemnizaciones a gran escala, pero estas entradas de recursos nunca hubieran bastado por sí solas para mantener la solvencia de Israel. Fue Estados Unidos quien hizo posible la fortaleza sionista. No parece haberse hecho nunca ningún cálculo preciso del valor acumulativo de las transferencias unilaterales de capital realizadas por este Estado americano, muchas de ellas ocultas tras la maraña de suministros técnicos. Pero apenas cabe duda de que, tal y como ha escrito Avi Shlaim sobre la pasada década, «nunca, en los anales de la historia humana, tan pocas personas habían debido tanto a tantas otras»<sup>17</sup>. En el lenguaje más técnico de otros dos fieles analistas, Israel ha sido un «Estado rentista»<sup>18</sup>. La consolidación y expansión del país dependía completamente de un inmen-

---

<sup>16</sup> Por ejemplo, el gasto público total sobrepasó el 70 por 100 del PNB cada uno de los años de 1980 a 1985. «Los impuestos, por sí solos, no pueden financiar una tasa semejante de gasto, pero gracias a la ayuda estadounidense y a otras fuentes extranjeras que no suponen la contracción de deuda, no resulta verdaderamente necesario que lo hagan. En el año de la guerra del Líbano, 1982, se movilizaron suficientes recursos extranjeros como para permitir que el gobierno dedicara el 71,5 por 100 del PNB a gastos, con sólo el 56,6 por 100 dedicado a las finanzas nacionales»: Yakir PLESSNER, *The Political Economy of Israel*, Albany, 1994, p. 177.

<sup>17</sup> Avi SHLAIM, *The Iron Wall—Israel and the Arab World*, Londres, 2000, p. 487. Shlaim no se está refiriendo a los años posteriores a la independencia, sino a la década de 1990.

<sup>18</sup> Gershom SHAFIR y Yoav PELED, «Introduction: the Socioeconomic Liberalization of Israel», en Shafir y Peled, eds., *The New Israel—Peacemaking and Liberalization*, Boulder, 2000, p. 6. «En estos últimos años, los fondos exteriores en forma de subvenciones, donativos y transferencias no correspondidas han ascendido a unos seis mil millones de dólares al año», según el *Economist Intelligence Country Report, Israel 2000*. Por encima y más allá de tal generosidad *ex gratia*, este documento observa que «un activo fundamental para la economía israelí ha sido la estrecha alianza del país con Estados Unidos, que ha proporcionado a los gobiernos israelíes acceso a créditos oficiales a largo plazo y, bajo el paraguas de las garantías oficiales, acceso al mercado de bonos nacional estadounidense», *op. cit.*, p. 37.

so embudo de armas y fondos con boca en Washington. En efecto, el tesigo imperial al que el Reino Unido había renunciado en 1948, había pasado a manos de Estados Unidos. Desde entonces, el sionismo ha contado con un caparazón de poder estadounidense tal y como otrora contó con uno británico.

El calado y la fuerza de la relación, no obstante, han sido de otro orden. No sólo es Estados Unidos incomparablemente más rico y poderoso de lo que lo fue Gran Bretaña incluso en sus tiempos de apogeo, no digamos ya durante la decadencia de sus años de entreguerras. Sino que, en su seno, la comunidad judía, que, por su propio esfuerzo, se ha convertido en el más próspero de todos los grupos inmigrantes del país, ejerce una influencia sobre el Estado mayor que la que cualquier homólogo del pasado judío europeo jamás llegara a soñar. Arraigado en los negocios, el gobierno y los medios de comunicación, el sionismo estadounidense ha adquirido, desde la década de 1960, un firme control sobre las palancas de la opinión pública y de la política oficial hacia Israel, que sólo se ha debilitado en las más excepcionales ocasiones. En este sentido, taxonómicamente, los colonos han obtenido por fin, algo similar al Estado metropolitano —o Estado dentro de un Estado— del que carecían en un principio. En dirección inversa, Israel ha actuado como un vicario de confianza para Estados Unidos en muchas operaciones regionales. La fuerza de este eje ha ido creciendo década tras década. En la de 1990, el flujo de subsidios estadounidenses a Israel se triplicó. No se podría dar ilustración más acertada de la intimidad de la relación, que el costoso acto final del mandato de Clinton, oportuno en tantos otros sentidos: el indulto presidencial concedido a un delincuente belga fugitivo por razones de índole financiera, atendiendo a la apremiante solicitud personal del primer ministro y del ministro de Asuntos Exteriores de Israel, secundada por el alcalde de Jerusalén y por el antiguo jefe del *Mossad*.

## 7

La creación de Israel sacudió el mundo árabe, contribuyendo al ascenso, a lo largo de la década de 1950, de un nacionalismo nuevo y más vehemente en Egipto, Siria e Iraq. Considerando este hecho, lógicamente, como una potencial amenaza, el sionismo laborista conspiró con Francia, por entonces inmersa en la guerra de Argelia, y con Gran Bretaña, encolerizada por la nacionalización del canal de Suez, para lanzar un ataque tripartito sobre Egipto en 1956. Eisenhower, consciente del peligro de empujar a Nasser a brazos de la URSS y molesto porque no se hubiera consultado a Estados Unidos, detuvo el embate. Israel aprendió la lección. Once años más tarde, esta vez después de haberse procurado la bendición estadounidense, arrasó las fuerzas aéreas egipcias, se apoderó del Sinaí y de los altos del Golán, se anexionó Jerusalén oriental y ocupó Gaza y Cisjordania, en una guerra relámpago preventiva de seis días de duración. La tentativa árabe de contraataque en 1973 se vio frustrada por un impre-

sionante desembarco estadounidense por mar y por aire: caza-bombarderos, naves transportadoras de tropas y tanques. Seis años después, en respuesta a los incentivos ofrecidos por Estados Unidos, Egipto abandonó a sus aliados y a los palestinos a su suerte, firmando un tratado de paz por separado para recuperar el Sinaí. Exento de peligros en el sur, Israel volvió a atacar hacia el norte, invadiendo el Líbano en 1982 para destruir las bases palestinas de este país y dotarse de una zona de seguridad.

En 1967, Isaac Deutscher observó que Israel se había embarcado en una trayectoria de *sich totsiegen* –de emborracharse de triunfo hasta la muerte<sup>19</sup>–. Las victorias se sucedían una tras otra, con apenas indicios de muerte. Pero seguía existiendo una dificultad. La conquista de Gaza y Cisjordania había puesto a más de un millón y medio de palestinos bajo ocupación militar israelí: demasiados para ser asimilados como infraciudadanos al estilo de lo que se había hecho en 1950 y demasiados para ser expulsados como refugiados al estilo de lo que se había hecho en 1948, a falta de una guerra más prolongada. La *Blitzkrieg* [guerra relámpago] de 1967 había sido demasiado rápida como para acometer una limpieza importante: en esos pocos días, sólo 120.000 árabes se habían visto sujetos a un «traslado retroactivo», ni con mucho suficiente para modificar la demografía negativa de Judea y Samaria. En este sentido más restringido, Deutscher estaba en lo cierto. La elite israelí se dividió respecto a su análisis de las consecuencias. El sionismo laborista, que en 1949 había estado a punto de hacer caso a las exhortaciones de Ben Gurion y de anexionarse Cisjordania definitivamente, pero que al final vaciló y dejó pasar la ocasión, se aferró después de aquello a la idea de que el régimen hachemí de Jordania, un vecino tan servil como cabría desear, seguía siendo la mejor opción para custodiar la zona, como gendarme contractual. El sionismo *likud* siguió agarrándose firmemente a la idea de que Eretz Israel incluía por definición Judea y Samaria. La primera alternativa quedó cancelada en el momento en el que Jordania desechó sus pretensiones sobre Cisjordania y aceptó una identidad nacional palestina. La segunda sólo podía hacerse realidad en el caso de otra gran conflagración, con su correspondiente oleada de expulsiones, algo que no aparecía inmediatamente en el horizonte. El resultado fue un *impasse* estratégico. En el ínterin, ambas facciones echaron mano de un programa de incremento de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, con objeto de atravesar y estrangular el área de poblamiento palestino entre unas tenazas que gradualmente se iban cerrando, a la espera de alguna resolución definitiva.

---

<sup>19</sup> Isaac DEUTSCHER, «The Arab-Israeli Conflict» (entrevista efectuada por Peter Wollen), *New Left Review* I, 44 (julio-agosto 1967), pp. 30-45.

Sin embargo, veinte años de ocupación militar y de intrusión colona acabaron por encender la resistencia popular. La Intifada que estalló en diciembre de 1987 empezó como un movimiento espontáneo y desarmado de resistencia civil por parte de la población palestina en Gaza y Cisjordania. A continuación, llegó el combate con armas desiguales, principalmente piedras, palos y cuchillos contra fusiles y ametralladoras. El alzamiento señaló el surgimiento de una nueva generación de jóvenes en los territorios ocupados, en pleno despertar de una amplia conciencia nacional. El control israelí de sus conquistas nunca se vio verdaderamente amenazado; pero tampoco fue la represión israelí capaz de apagar la sublevación. Las victorias estadounidenses en la Guerra Fría y en la guerra del Golfo pusieron fin a la Intifada. Con el derrumbe de la Unión Soviética y la derrota del último Estado de Oriente Próximo capaz de contrariar a Washington, la causa palestina quedó aislada y la diplomacia estadounidense dispuso de carta blanca para poner en orden una bolsa tradicional de inestabilidad. La Conferencia de Madrid y los Acuerdos de Oslo constituyeron el equivalente local de la extensión de la OTAN a Europa del Este y de la guerra de los Balcanes: se trataba de atar los cabos sueltos dejados por un K.O. global.

A tal efecto, dos condiciones eran necesarias: la coiniativa israelí y la sumisión palestina. La segunda era más fácil de conseguir que la primera. Pronto Arafat, después de haber aclamado a Saddam, estuvo implorando a Clinton de rodillas. Tratándose de uno de los líderes menos competentes que un movimiento nacionalista haya producido jamás, Washington apenas tuvo dificultades para engatusarle a fin de que desempeñara el papel que se le había adjudicado en la solución. Halagado por las atenciones de la Casa Blanca, se mostró más o menos dúctil desde el principio. Más difícil de persuadir fue Israel, que se resistió mientras Shamir se mantuvo como primer ministro. Pero cuando el laborismo recuperó el control sobre Jerusalén, Rabin y Peres –informados por los servicios de inteligencia israelíes de que Arafat representaba en aquellos momentos la mejor oportunidad para controlar Gaza y Cisjordania a distancia– estuvieron dispuestos a proceder. El resultado fueron los Acuerdos de Oslo de 1993 y de 1995: el reconocimiento simbólico recíproco entre Israel y la OLP; la retirada limitada de las Fuerzas de Defensa de Israel de Gaza y de algunas zonas de Cisjordania y el establecimiento de una Autoridad Palestina de «autogobierno», a cambio del compromiso de Arafat de reprimir cualquier ataque ulterior a la ocupación israelí. Tal habría de ser el inicio de un «proceso de paz» que conduciría en tiempos venideros a una solución final no especificada, lubricado en el ínterin por generosas donaciones euro-estadounidenses a la Autoridad Palestina y por la cooperación entre sus servicios de seguridad y el *Mossad*, presidida por la CIA. Éste, explicó Arafat a su pueblo, era el espléndido camino hacia un Estado palestino independiente.

Rara vez se ha saludado un pacto internacional con un aplauso tan unánime como el que recibieran los Acuerdos de Oslo: apretones de manos históricos sobre el césped de la Casa Blanca, Premio Nobel para todos los participantes y una avalancha de comentarios felicitadores o autofelicitadores en artículos y libros de todo el mundo. La realidad sobre el terreno era muy diferente. Desde el principio, ha escrito Benny Morris, «al igual que todas las ocupaciones, la ocupación israelí se basó en la fuerza bruta, la represión y el miedo, en la colaboración y la traición, en las palizas y las salas de tortura, y en la intimidación, la humillación y la manipulación diarias»<sup>20</sup>. El advenimiento del «proceso de paz» no modificó en nada todo esto. ¿Qué cambios ha traído? Después de ocho años, las Fuerzas de Defensa de Israel mantienen el control total del 60 por 100 de Cisjordania y un control «compartido» de otro 27 por 100; una red de carreteras nuevas sólo para israelíes construidas sobre tierras confiscadas divide y cerca los enclaves residuales bajo autoridad palestina; el número de colonos judíos, que monopolizan el 80 por 100 de todo el agua de los territorios ocupados, prácticamente se ha duplicado; durante los cinco primeros años después de los Acuerdos, la renta per cápita de la población palestina se redujo en un 25 por 100 y, desde entonces, se ha desplomado todavía más. A estos tormentos, se suman ahora la tiranía y la corrupción del «Estado policial sin Estado» comandado por Arafat, en las áreas en las que tiene un contrato de arrendamiento que le exige oprimir a sus compatriotas en nombre de Israel<sup>21</sup>.

En estas condiciones, nada había más seguro que la continuación de los actos de rebelión popular, que se intensificaron ajenos a un *establishment* colaboracionista y desacreditado. Desde la mitad de la década de 1990 en adelante, los ataques islamistas radicales sobre blancos israelíes se multiplicaron. Para quebrar el impulso que había tras ellos, el régimen laborista de Barak intentó arrastrar a Arafat hacia una solución completa y definitiva, que le concedería la independencia nominal y una silla en las Naciones Unidas a cambio de que Israel se anexionara los asentamientos que tenía en Cisjordania y en Jerusalén, de que dispusiera del control estratégico de todo territorio bajo bandera palestina y de que se enterrara todo derecho de los refugiados a recuperar sus hogares en Israel. Arafat, asustado ante la escala de la oposición a una capitulación seme-

---

<sup>20</sup> Benny Morris, *Righteous Victims*, cit., p. 341.

<sup>21</sup> Fórmula acuñada por Beverley MILTON-EDWARDS, «Internal Security and Citizenship under the Palestinian National Authority», en Nils Butenschon, Uri Davis y Manuel Hassassian, eds., *Citizenship and the State in the Middle East*, Syracuse, Nueva York, 2000, p. 354. El informe de conjunto más potente de la situación en los territorios ocupados es el de Edward SAID, «Palestinians Under Siege», *London Review of Books*, 14 de diciembre de 2000. Véase también el impresionante resumen de Allegra PACHECO, «The Oslo Process, Unfair and Unreal, Was Never Going to Work», *International Herald Tribune*, 6 de octubre del 2000.

jante –que suponía abandonar cualquier pretensión de volver siquiera a las fronteras de 1967– y temeroso de su propio futuro en el caso de que firmara, se plantó en el último momento. Dos meses después, estalló la segunda *Intifada*. Esta vez, la sublevación ha sido algo mucho más violento, con una base significativamente más amplia, que ha atraído, junto a militantes fundamentalistas, a alas disidentes de *Al-Fatah* e incluso a sectores del propio aparato de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). Pero el equilibrio de fuerzas no ha cambiado. Si se les diera plena rienda suelta, las Fuerzas de Defensa de Israel podrían descabezar la resistencia en cualquier momento.

## 10

Desde el principio, el crítico más valiente y lúcido de los Acuerdos de Oslo ha sido Edward Said. *The End of the Peace Process* [El fin del proceso de paz], que reúne los escritos de los últimos cinco años de este autor sobre su país natal, es una obra profética. Combina el rechazo absoluto de las hipocresías y falsedades que han disfrazado pactos diseñados para conciliar a los palestinos con su propia sumisión, con la total elusión de las vanas ornamentaciones de resarcimiento o desquite retórico que han acompañado típicamente la oposición a éstos. La principal conclusión política que Said extrae de la historia reciente se apoya en una analogía con Sudáfrica. Allí, observa este autor, el Congreso Nacional Africano fue totalmente derrotado en el campo de batalla y su organización prácticamente destruida dentro del propio país. Pero gracias a una consistente campaña en el extranjero, fue capaz de deslegitimar y de aislar moralmente al régimen del *apartheid*, hasta el punto de que, al final, la propia población blanca sudafricana –para entonces sujeta a todo tipo de boicots internacionales– pedía las negociaciones y acabó por dismantelar su propio aparato de dominación. También de este modo, sostiene Said, debería proceder la resistencia palestina, «a fin de traer la igualdad entre nosotros y los israelíes, que nos han dominado ya hasta el extremo de hacer de la dimensión moral nuestro único campo de lucha»<sup>22</sup>. La prolongada incapacidad de la OLP para conseguir que el público en Occidente se dé cabal cuenta de la realidad de la ocupación israelí, del modo como el Congreso Nacional Africano logró hacerlo durante muchos años, se considera desde esta perspectiva la debilidad estratégica clave de la causa palestina.

La fuerza del argumento descansa en el contraste –sin duda, lo bastante acusado– entre la capacidad de persuasión de una y otra coyuntura y en el conmovedor ejemplo de la propia defensa de Said. Su limitación reside en la diferencia estructural entre las situaciones objetivas de los oprimidos en los dos Estados colonos de Sudáfrica e Israel. El régimen afri-

---

<sup>22</sup> Edward SAID, *The End of the Peace Process: Oslo and After*, Londres, 2000, pp. 195-199.

káner era un *lager* controlado por una minoría sin prácticamente ningún respaldo metropolitano; repudiado en los Países Bajos, con lo máximo con lo que podía contar en el resto de Occidente era con benevolencia económica o burocrática a puerta cerrada. Ningún político fuera de Sudáfrica podía aceptar públicamente el *apartheid*. En Estados Unidos, además, existía un amplísimo electorado que se identificaba de forma inmediata y apasionada con la población negra mayoritaria de Sudáfrica, víctima de este régimen. Los afroamericanos representaban, hasta bajo las administraciones más reaccionarias, una presión contra Pretoria dentro del sistema político estadounidense imposible de ignorar. La posición de la causa palestina está en las absolutas antípodas<sup>23</sup>. Aunque en estos momentos hay un número significativo de inmigrantes árabes en Estados Unidos, son en su mayoría trabajadores –pobres, divididos y marginales dentro de la jerarquía social–. Por su parte, Israel –cuya población es más que el doble de la de Gaza y Cisjordania– disfruta de una sólida fidelidad judía de clase media en Estados Unidos y de una simpatía muy extendida a lo largo de todo el espectro político europeo. Aún con la mejor voluntad moral del mundo, apenas hay posibilidades de que se repita la secuencia de acontecimientos sudafricana en Oriente Próximo. Los esfuerzos por aislar a Israel y por extender la solidaridad con la causa palestina siguen siendo más necesarios que nunca. Pero es una ilusión creer que la opinión internacional tendrá por sí sola un gran impacto directo sobre el sionismo. Hay situaciones históricas en las que la fuerza del argumento moral puede resultar decisiva, tal y como atestiguan la abolición del comercio de esclavos o la caída del *apartheid*. Pero éstas requieren, o bien la relativa ausencia de los poderosos intereses materiales generalmente determinantes de las luchas políticas, o bien un equilibrio uniforme entre éstos que la persuasión moral pueda hacer tambalear. Ninguna de estas dos condiciones está presente hoy en día en Oriente Próximo.

## 11

Esto no quiere decir que no haya grietas en este consenso satisfecho. El propio Said, en páginas de esta revista, ha llamado la atención sobre una de ellas. Tal y como indica este autor, en Estados Unidos, la crítica de Israel es «el último tabú»: mucho más arriesgada y excepcional que la de

---

<sup>23</sup> Las posibilidades objetivas de uno y otro movimiento de influir en la opinión pública de Occidente constituyen aquí los términos de la comparación. Las diferencias estructurales de las dos situaciones de opresión son, evidentemente, aún más pertinentes. En virtud de su explotación como principal mano de obra del país, la clase trabajadora africana era indispensable para el régimen del *apartheid*, lo cual la dotaba de un ascendiente histórico esencial del que, por el contrario, la exclusión de la industria israelí siempre ha privado a los palestinos. Las consecuencias políticas de este contraste se exploran en un impresionante estudio comparativo de Mona YOUNIS, *Liberation and Democratization: The South African and Palestinian National Movements*, Minneapolis, 2000, una obra fundamental para comprender la situación actual.



Estados Unidos mismo<sup>24</sup>. Durante muchos años, el sionismo estadounidense apenas ha encontrado dificultades para ahogar toda disidencia seria, automáticamente etiquetada de «autodespreciativa» si es judía y de «antisemita» si no lo es. En Europa hay más diversidad de opinión, pero sus parámetros siguen siendo típicamente reducidos. Para el grueso de una eminente intelectualidad judía –al igual que para los puntos de vista conservadores, liberales y socialdemócratas en general–, la memoria del genocidio nazi hace a Israel impermeable a todo más allá de las dudas o lamentos intermitentes, rápidamente dejados de lado en lo que pasa por ser una emergencia. Las reacciones a la guerra del Golfo pueden considerarse un test Rorschach de esta sensibilidad. El fatídico destino de los palestinos se lamenta por todas partes, pero los que están dispuestos a hablar honestamente del «proceso de paz» pueden contarse con los dedos de una mano.

En el propio Israel, por otra parte, tal y como observa Said, se pueden oír grandes verdades que constituirían blasfemia en la diáspora. Es allí donde más a fondo se ha explorado la dinámica colonizadora del sionismo; se han documentado los mecanismos y la escala de las expulsiones palestinas; se ha desenmascarado la connivencia con las sucesivas potencias imperiales; se ha protestado contra la sanción de la tortura por la ley y se ha denunciado la naturaleza confesional del Estado. Ha sido en *Ha'aretz*, no en el *New York Times*, ni en *The Guardian*, *Le Monde* o *La Repubblica*, donde se ha comparado abiertamente la Ley de Retorno con el Código de Núremberg. El surgimiento de una erudición y de un sector de opinión –todavía pequeño– «postsionistas» constituye uno de los desarrollos mejor acogidos de los últimos años<sup>25</sup>. El contexto de su aparición es, no obstante, una advertencia contra todo optimismo exagerado.

## 12

Desde la década de 1990, el escenario político israelí ha venido pareciéndose cada vez más al estadounidense, aunque todavía con algún toque europeo. Económicamente, el neoliberalismo ha borrado la mayor parte de las marcas tradicionales fijadas en la década de 1950, dada la competencia del laborismo con el *Likud*, al que con frecuencia ha aventajado,

---

<sup>24</sup> Edward Said, «El último tabú estadounidense», *New Left Review* (enero-febrero de 2001).

<sup>25</sup> «Postsionismo» es un término impreciso y, en ciertos sentidos, engañoso. Lo que indica esencialmente es un rechazo de la mitología oficial del Estado israelí y un compromiso con la verdad histórica, cualquiera que sean sus consecuencias para la historia de la emancipación nacional. No implica necesariamente ninguna ruptura política con el sionismo, es decir, con el apoyo convencional al Estado judío existente en Oriente Próximo. Entre las filas del postsionismo, hay todo un abanico de opiniones sobre la aceptabilidad del *statu quo* en Israel; los críticos radicales siguen siendo una minoría. Para una revisión de las posiciones, véase Laurence SILBERSTEIN, *The Postzionism Debates*, Londres, 1999.

en el cielo a la hora de desregular y privatizar. La pieza central del imperio industrial de la Histadrut<sup>26</sup>, la corporación más importante de Israel, fue adquirida a precio de ganga por Disney y posteriormente traspasada; con Rabin, fue desmantelado su complejo médico; con Netanyahu, fue privatizado el banco más grande del país, que antiguamente era también una institución de la Histadrut. El gobierno de Sharon está preparando en la actualidad planes de privatización de la tierra, naturalmente sólo para judíos y extranjeros adecuados. En el espacio de una década, la participación del sector público en el PNB se redujo de más de la mitad a poco más de un tercio y, en la inversión, del 85 al 15 por 100. En el Israel de hoy en día, el gasto social es inferior al de Estados Unidos. El país se ha convertido en una de las dos sociedades más desiguales del mundo capitalista avanzado<sup>27</sup>.

Pero al igual que en Estados Unidos, la convergencia –con frecuencia hasta el punto de la intercambiabilidad– entre los dos principales partidos en temas económicos y sociales coexiste con bases electorales marcadamente divergentes y con perfiles ideológicos opuestos. Los matices en su entrega al capitalismo no son más que una mera nota picante<sup>28</sup>. Por lo demás, en aún mayor medida que en Estados Unidos, cuanto más se asemejan las políticas sustanciales, más estridente se vuelve la diferenciación secundaria. Al igual que con los demócratas y con los republicanos, así sucede con el laborismo y con el Likud: una *Kulturkampf* que no guarda proporción alguna con contradicciones reales excita pasiones partidistas, como para ocultar a los propios contendientes la unidad más profunda que existe entre ellos. En incluso mayor grado que en Estados Unidos, la gran mayoría del mundo académico y de la intelectualidad forma un medio *bien-pensant* de «centro-izquierda», cuyos autoengaños Yitzhak Laor traza gráficamente más adelante en estas páginas<sup>29</sup>. Pero en una cultura

<sup>26</sup> Federación General de Trabajadores Judíos: principal sindicato de Israel, vinculado al sionismo laborista y dotado de gran peso económico. [N. de la T.]

<sup>27</sup> Véase Shafir y Peled, *The New Israel*, cit., pp. 111-112, 194, 223 y 233-234.

<sup>28</sup> Yossi Beilin, el Peter Mandelson de Israel, genio de los Acuerdos de Oslo, explicó recientemente: «No creo que sea justo afirmar que nosotros, en el laborismo, hemos adoptado la vía capitalista: somos socialdemócratas que han adoptado una tercera vía similar a la defendida por Anthony Giddens y modelada por Tony Blair», *Tikkun*, septiembre-octubre de 2000, p. 11. En medio del estruendo de las obras de construcción en nuevos asentamientos y carreteras estratégicas en Cisjordania, Barak encontró tiempo para distribuir copias del libro de Giddens a todos los miembros de su gabinete.

<sup>29</sup> Para un enérgico ataque contra el *establishment* cultural israelí desde la derecha, véase *The Jewish State: the Struggle for Israel's Soul* (Nueva York, 2001), de Yoram HAZONY, uno de los asesores de Netanyahu, que ofrece una viva imagen de lo que el autor considera la *trabison des clerics* local: el vaciamiento de la fe sionista entre los intelectuales mayoritarios, bajo la influencia desmoralizadora de una minoría de filósofos e historiadores de formación alemana (Buber, Scholem, Prawer, Talmon, etc.), que la rechazaron desde el principio. El cuadro que Hazony lamenta es, en su mayor parte, completamente anodino, pero su denuncia más amplia de un filisteísmo general, en el que las ideas, del tipo que sean, nunca se valoran en su justa medida, parece acertada. La cultura tradicional del laborismo –esa mezcla de

popular dominada por el comercio y la religión, su incidencia política –al igual que en Estados Unidos– resulta insignificante. Con todo, dos diferencias siguen distinguiendo el caso israelí del modelo estadounidense. El sistema de representación proporcional otorga a la plétora de sectas judaicas su propia representación electoral, convirtiéndolas, de hecho, por lo general, en el árbitro de las coaliciones en el *Knesset*. Así pues, el *Likud* carga con un lastre religioso menor que el del Partido Republicano. También tiene un electorado mucho menos pudiente, dado que sus principales seguidores se encuentran entre los inmigrantes sefarditas más pobres originarios de África septentrional y de Oriente Próximo, despreciados por los más cultos ashkenazi de Europa del Este, que constituyen la base tradicional del laborismo. Existe, pues, un sesgo de clase entre los dos partidos israelíes que invierte la pauta estadounidense. Los inmigrantes rusos, halcones de la seguridad pero igualmente anticlericales, son votantes indecisos. Un observador israelí ha resumido adustamente el resultado de este sistema: «los principales actores en el drama sociopolítico que tiene lugar hoy en día en Israel son de la derecha: la derecha socioeconómica liberal de las clases altas capitalistas –llamada en Israel “la izquierda”– y la derecha etnorreligiosa fundamentalista de las clases bajas obreras, conocida en Israel como “el pueblo”».<sup>30</sup>

## 13

Éste es el escenario nada prometedor en el que se debate el futuro del sionismo hoy en día. Las diferencias entre los dos principales partidos, enraizadas en el viejo antagonismo entre las tradiciones laborista y revisionista, siguen siendo, en este contexto, sustanciales, aunque tengan un cariz táctico. El sionismo laborista ha acudido siempre a protectores extranjeros de uno u otro tipo y ha estado dispuesto a hacer ajustes temporales de política para complacerles. Su actitud es pragmática: los nombres importan menos que las cosas. La tradición revisionista, de mayor distinción intelectual, se ha mostrado más segura de sí y menos flexible: los nombres continúan proporcionando indicios de las cosas. Así, pues, el laborismo cree que concediendo a los palestinos un par de *bantustanes*, inmovilizados por la presencia de colonos y soldados israelíes cada pocos kilómetros, se aplazarán ansiedades en Washington y se eliminará una zona de conflicto para Israel a un coste real muy bajo; mientras el *Likud*, recordando la historia del propio sionismo, cree que el apetito se abre comiendo y que lo que hoy no es más que nomenclatura es sus-

---

machismo y sensiblería de la que una figura como Amos Oz ofrece una típica personificación– no contribuye mucho a refutar sus críticas, de las que Hazony tampoco salva ni a Begin ni a sus colegas.

<sup>30</sup> Uri RAM, «The Promised Land of Business Opportunities: Liberal Post-Zionism in the Global Age», en Shafir y Peled, *The New Israel*, cit., p. 236.

ceptible de adquirir mañana cierta realidad. Ninguna de los dos facciones tiene ninguna intención de considerar una soberanía nacional real para los palestinos. Confrontados con la verdadera voluntad popular de Gaza y Cisjordania, cierran filas inmediatamente y así nos encontramos con el actual régimen Sharon-Peres. Tras él, una *union sacrée* de incredulidad y ultraje por el rechazo de las «concesiones» israelíes en Camp David se extiende por todo el espectro político.

## 14

Es en este contexto en el que cabe medir tanto la valentía como la pusilanimidad del «postsionismo»<sup>31</sup>. En estos momentos, el excepcional logro intelectual de la obra de Benny Morris, Avi Shlaim, Gershom Shafir, Baruch Kimmerling y Tom Segev está ampliamente reconocido. Estos autores han desmantelado un edificio tras otro de la mitología sionista oficial. Pero el tipo de investigación audaz y de juicio inflexible que ha constituido la marca característica de sus estudios del pasado, ha venido a pararse en seco repentinamente en el presente, en cuanto se han planteado cuestiones políticas. Leones analíticos, estos autores han resultado ser corderos ante las prescripciones de acción. Ninguno de ellos expresó seriamente dudas sobre Oslo, no digamos ya sobre Camp David. Más de uno habló con efusión de Barak. Ninguno ha propuesto una alternativa a las hipocresías del «proceso de paz».

¿Cuál debería ser la alternativa? Históricamente, existió una tendencia en el seno del *yishuv* que sostenía que sólo un Estado binacional, compartido entre árabes y judíos por igual, podría traer la justicia a Palestina. Esta tradición no sionista, principalmente localizable entre los judíos de origen alemán, tenía su bastión intelectual en la Universidad Hebrea de Jerusalén; y encontró expresión política en el movimiento comunista. Aunque Edward Said se ha esforzado por reavivarla, en el Israel de hoy en día se halla prácticamente extinta. Por muy deseable que pueda resultar, una solución de este cariz siempre estuvo destinada al fracaso, dada la realidad de dos nacionalismos étnicos antagonistas, cada uno con legitimidad para reivindicar su derecho de autodeterminación.

Así las cosas, lo único que quedaba era la partición. Todos los proyectos de solución han requerido una división de Palestina. ¿Cuál es la propuesta israelí, de la que el postsionismo todavía tiene que disociarse? Se basa en cuatro axiomas, que establecen el tamaño, la localización, la seguridad y

---

<sup>31</sup> Existe una corriente radical dentro del postsionismo, que debe distinguirse de la tendencia dominante, que rechaza las premisas del propio sionismo. No todos a los que se asocia con esta ala aceptan el prefijo. El historiador Ilan Pappé prefiere hablar de «a-sionismo». Bajo la presión de los acontecimientos, cabe esperar una mayor diferenciación política dentro del ámbito postsionista.

la economía de cualquier entidad palestina residual a la que se conceda el autogobierno o la categoría nominal de Estado. Tamaño: menos de un quinto del país –Israel conservaría el 78 por 100 de Palestina que se apoderó en 1948-1949, más Jerusalén y una buena parte de los asentamientos de Cisjordania, lo cual actualmente se prevé que equivaldría quizá a otro 5 o 6 por 100–. Localización: dos enclaves desconectados entre sí, sin ninguna localidad importante de preguerra y sin ningún puerto natural. Seguridad: ninguna fuerza de defensa, exclusivamente policía nacional. Economía: ninguna indemnización por el saqueo de la propiedad árabe, cuyo valor las Naciones Unidas calculan que asciende a unos 120.000 millones de libras esterlinas.

## 15

La obscena injusticia de estas propuestas, que están en el corazón del «proceso de paz», apenas ha despertado un murmullo de protesta en la diáspora, donde la solidaridad étnica prevalece casi totalmente sobre los principios morales, y no digamos ya en el propio Israel. No obstante, cabe tomarlas como cotas contra las que podría medirse una solución aceptable. Hace una década, Guy Mandron, un oficial francés con cierta capacidad para comprender el punto de vista militar de los gobernantes de Israel, propuso una división de Palestina, publicada más adelante en estas páginas, que tuvo el mérito de responder al menos a dos de los criterios de una solución justa. Su esquema estipulaba que un Estado palestino futuro debía formar un único territorio contiguo y no debía ser menos defendible por las armas que su homólogo israelí. Mirar sus mapas, que muestran la completa diferencia entre lo que significaría esto y lo que hoy en día está «en oferta», produce un saludable estremecimiento. Tanto mayor cuando se cae en la cuenta de que se trata de un plan que no contribuye en absoluto a alterar la distribución neta de tierra entre los dos Estados propuestos y no devuelve ninguna ciudad importante ni ningún puerto al lado palestino. Mandron no intenta justificar su conservación de las *ratios* de superficie existentes, observando que hay otros puntos de partida posibles.

Hoy en día existen unos seis millones de judíos en Israel y unos seis millones de palestinos, unos diseminados en los territorios ocupados y en campos en Estados vecinos y otros en el propio Israel. Cualquier división equitativa de la tierra entre estas cifras aproximadamente iguales exige una paridad aproximada de recursos. La configuración territorial de una partición justa tendría que asemejarse de algún modo al esquema de Mandron, sin las «compensaciones» que concede a Israel y con la inclusión de Haifa, cuya población era dos tercios árabe en 1947: en otras palabras, un único bloque de territorio palestino, que dejaría fuera a Gaza e incluiría Cisjordania y Jerusalén oriental, Galilea y el litoral desde el Líbano hasta Haifa, constituyendo una franja paralela a Israel que se curvaría sobre él en uno de sus extremos, para formar así dos Estados en

forma de «eles» entrelazadas. Las indemnizaciones por las propiedades árabes en territorio israelí saqueadas en 1950, la última condición esencial de una solución, irían destinadas a los palestinos que no pudieran volver a sus hogares al otro lado de las nuevas fronteras y a los que estuvieran domiciliados para entonces en Israel y optaran por permanecer allí.

## 16

Basta con exponer estas condiciones para escuchar el sentido encogimiento de hombros de las *belles âmes* tanto del sionismo como del post-sionismo liberales: «todo eso está muy bien, pero no se acerca ni remotamente a la política práctica». Traducción: tenemos lo que ocupamos. No existe ni la más leve intención, en ningún punto de este frente de opinión, de ceder ni un centímetro cuadrado del 78 por 100 del país cerrado a cal y canto contra cualquier recuperación de lo incautado, ni tampoco la más mínima idea de que la entrega de una cantidad nimia del 22 por 100 restante sea más que una «dolorosa concesión»<sup>32</sup>. En este tipo de posiciones, podemos encontrar a Benny Morris:

Israel ha cumplido con su obligación: ha reconocido a la OLP y ha reconocido la necesidad de dividir Palestina entre un Estado judío y un Estado palestino más pequeño. Esto supone una revolución enorme del pensamiento israelí en comparación con la posición que mantenían los israelíes acerca de este asunto en los años entre 1948 y 1992. Barak ha ido incluso más lejos, aceptando la división de Jerusalén. Pero Israel no puede admitir el derecho de retorno sin enfrentarse a la destrucción.

Podemos encontrar a Tom Segev, confesando con toda libertad:

Lo que Barak estaba ofreciendo parece mucho menos generoso de como se mostraba cuando no nos fijábamos en los detalles [*sic*]. El terreno que venimos ofreciendo resulta ser una serie de pequeñas islas sin territorio adyacente, separadas por asentamientos y carreteras israelíes patrullados por el ejército israelí. De modo que la verdad es: no les ofrecimos un buen acuerdo.

para continuar declarando imperturbablemente:

He llegado a la conclusión de que el conflicto era inevitable, que la guerra inevitable y de que, ahora, con los asentamientos ya establecidos, la continuación del conflicto es inevitable y no habrá paz en este período. Siempre he estado contra los asentamientos, pero ahora que existen... Constituyen una nueva realidad, no se pueden evacuar ciudades enteras.

---

<sup>32</sup> Benny Morris, *Righteous Victims*, cit., p. 651.

Podemos encontrar a David Grossman, aclamado por su empatía hacia la difícil situación palestina:

Barak puso todo en discusión. Lo hizo de la manera equivocada, pero creo que la mayoría de los israelíes sabemos ahora que tenemos que ceder para alcanzar una paz real. Creo que la elección de Ariel Sharon revela que la mayoría de los israelíes no tienen la madurez suficiente para hacer esas concesiones. Y cuando escucho a los palestinos, no estoy seguro de que estén dispuestos a hacer las concesiones que tienen que hacer, que se concretarían en la renuncia a la exigencia del derecho de retorno<sup>33</sup>.

O, tal y como lo ha planteado finamente Jerome Slater, el último grito en sionismo progresista, devoto de la «reconciliación» con los palestinos, al estilo Oslo, explicando por qué no se les puede permitir retornar: «el paso del tiempo no sólo crea nuevas realidades prácticas, sino que crea también realidades morales nuevas o, por lo menos, más complejas. No se trata de que “el poder haga el derecho”; más bien, lo que empezó siendo poder puede transformarse en derecho, o, por lo menos, en derechos»<sup>34</sup>. Ante semejante razonamiento, la tradición revisionista resulta más franca y coherente. ¿Por qué no dar al poder algo más de tiempo para hacer su labor? Si tomar cuatro quintos del país está bien, ¿qué hay de malo en terminar el trabajo y tomar todo sin excepción? Dios no lo dividió, sino que nos lo dio íntegro. Frente a la miseria intelectual del «proceso de paz», a la que se aferra tristemente semejante postsionismo, el argumento del Eretz Israel resulta irrefutable.

## 17

Por muy valerosa que sea su resistencia a las Fuerzas de Defensa de Israel, los palestinos son demasiado débiles para albergar demasiadas esperanzas en obtener justicia por sí solos, hoy o mañana. Antes o después y, probablemente, más bien antes que después, el sionismo laborista tendrá la oportunidad anhelada de imponerles la parrilla de Camp David. En el instinto profundamente arraigado del régimen de Arafat está,

---

<sup>33</sup> Respectivamente: *Tikkun*, marzo-abril de 2001 (Morris); enero-febrero de 2001 (Segev); mayo-junio de 2001 (Grossman). Shlaim, el más efusivo de todos en sus encomios de Barak —que aclamaba su llegada al poder como «más que un terremoto. Fue un amanecer después de tres años oscuros y terribles—, escribe ahora: «Los Acuerdos de Oslo no fracasaron: fue Ehud Barak el que los socavó. Los Acuerdos consisten en identificar y cultivar intereses comunes». A sus ojos, «la anexión por parte de Israel de cerca del 10 por 100 de Cisjordania, en el que reside el grueso de los colonos», dejando «un Estado palestino desmilitarizado, con capital en Abu Dis, justo en el exterior del límite municipal de Jerusalén», constituye lo que se llaman «condiciones favorables» [sic]. Véase *London Review of Books*, 16 de septiembre de 1999 y 25 de enero del 2001.

<sup>34</sup> Jerome SLATER, «Can Zionism be Reconciled with Justice for the Palestinians?», *Tikkun* 15, 4 (2000), p. 25.

siguiendo la expresión arábiga, la «precipitación» (*scurry*)<sup>35</sup>. Adicto a las recompensas estadounidenses y acostumbrado a las instrucciones de la CIA, sólo se refrena por miedo al merecido castigo popular. Mientras la Intifada continúe, fuera de control, la ANP contemporizará. Pero ninguna sublevación puede durar siempre. Bajo un bloqueo inexorable y bajo el fuego despiadado de los francotiradores, bien puede el agotamiento instalarse entre la población y cualquier tipo de paz llegar a parecer preferible a la continuación de una guerra desigual. ¿Quién podría culparlos? Volverá a haber entonces escenas conmovedoras sobre el césped de la Casa Blanca y un coro de felicitaciones por parte de la «comunidad internacional», según surge un pseudo-Estado desmembrado, con una elite rociada de fondos de agradecimiento, en algún lugar al oeste del Jordán. Israel sabe cómo administrar una filial árabe: Arafat en el papel de comandante Haddad, la ANP en el de un SLA magnificado. Sin duda, todavía está por ver si es posible sojuzgar de este modo a los palestinos indefinidamente. El tiempo cuando se podía extinguir a los midianitas y a los amalekitas sin dejar memoria de ello se ha terminado. La opinión mayoritaria israelí es consciente de esto, lo que explica que la más innegociable de todas las condiciones que vincularían a la constitución del Estado palestino, sobre la cual jamás se escucha disidencia significativa alguna, sea que —mientras Israel se mantiene completamente armado— es que éste carezca de recursos militares. Así tiene que ser, porque sino ¿cómo podrían quienes se han apropiado del 78 por 100 de la tierra, por muy bien protegidas que estuvieran por sus propios perros de guerra, llegar a dormir profundamente durante la noche? La exigencia, sobre la que coincide todo israelí sensato, confiesa el crimen original e indirimible.

## 18

¿No hay otra perspectiva? El poder israelí no se rendirá nunca más que ante la fuerza. Pero la suya tiene un talón de Aquiles. Sigue todavía siendo un Estado en último extremo dependiente para su defensa y prosperidad de Estados Unidos. Su suerte ha estado siempre en función de la protección extranjera y no podría sobrevivir a su sustracción. Si alguna vez se retirara el apoyo estadounidense al sionismo, su intransigencia se erosionaría rápidamente. La rigidez de la opinión pública de Israel, que ha tenido durante mucho tiempo como condición la seguridad de contar con el *placet* estadounidense, resulta en este sentido más quebradiza de lo que parece. Si Washington fuera a tirar del mantel bajo la copa Jerusalén, no tardarían en llegar cambios de ánimo inesperados. ¿Pero cómo podría Estados Unidos llegar a plantearse una traición semejante? La respuesta se

---

<sup>35</sup> Respecto al término «precipitados» (*scurriers*), acuñado por el poeta sirio Nizar Qabbani tras el apretón de manos Rabin-Arafat sobre el césped de la Casa Blanca y que, desde entonces, se ha hecho de uso generalizado en el mundo árabe, véase Shlaim, *The Iron Wall*, cit., p. 578; y «A History of Disappointment», *London Review of Books*, 22 de junio de 2000.



encuentra, tal y como lo ha hecho siempre desde la década de 1950, en el mundo árabe. Mientras las dos potencias árabes clave –Egipto con su población y Arabia Saudí con su petróleo– sigan siendo Estados-cliente de Estados Unidos, Oriente Próximo y su petróleo se mantendrán sin problema bajo control estadounidense y no hay motivo para negar a Israel nada de lo que desee. Pero en caso de que esta situación llegara a modificarse, el destino de los palestinos cambiaría al instante. Estados Unidos ha invertido sumas enormes en sostener la apolillada dictadura de Mubarak en el Cairo, cordialmente despreciada por las masas egipcias, y no ha escatimado esfuerzos en proteger la plutocracia feudal en Riyadh, encajada sobre un mar de inmigrantes sin derechos. Si se derribara cualquiera de estos dos edificios –en el mejor de los casos, los dos–, se modificaría el equilibrio de poder en la región.

La fatídica historia política del mundo árabe durante el último medio siglo apenas da motivos para creer que esto sea susceptible de ocurrir a corto plazo. Tampoco existe ninguna garantía de que los regímenes sucesores mejorarán con respecto al historial de Nasser o al de los demás fracasos de su época. Pero ninguna estasis es permanente, ni siquiera en Oriente Próximo. Cualquier verdadera grieta en su sistema regional de poder hará saltar la brújula estadounidense. Regímenes auténticamente independientes en el Nilo o en la Meca pronto pondrían la importancia de la conexión sionista en su sitio. Puede que la sangre sea más espesa que el agua, pero el petróleo es más espeso que cualquiera de las dos. El cautiverio de los palestinos es consecuencia de una sumisión más amplia de Oriente Próximo. El día en que el mundo árabe deje de precipitarse hacia Washington –en caso de que llegue alguna vez–, Israel se verá obligado a restituir sus desproporcionados beneficios. A menos que esto ocurra, no hay grandes posibilidades de hacer que el sionismo cambie de actitud.